



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10337

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11,25 id.—La suscripción se contará desde el 1.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 18 DE ABRIL DE 1896

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cammartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

MAQUINAS Y HERRAMIENTAS

Para las minas, las fundiciones, obras públicas y para la agricultura. Arados de doble vertedera, Bombas de gran rendimiento, Máquinas para paños, etc. etc. etc. Especialidad en caderas y máquinas de vapor, cables de abaca y metálicos, vie férrea con sus wagones, plataformas y canchales, etc. etc. etc. Bases y Cajas para caudales. Excelentes referencias sobre la bondad de nuestros artículos.

CAMILO PEREZ LURBE
12, CASTELLINI 12

EN BUSCA DE DATOS.

Si el general Lee, nuevo cónsul de los Estados Unidos en la Habana, ha sido nombrado por el presidente Cleveland para que se entere y lo entere de lo que pasa en la Gran Antilla, no puede haber tomado mas oportunamente posesión de su cargo.

Desde luego puede abrir su librote de notas y escribir la primera que es sangrienta, horrorosa, terrible. Para cabeza de proceso no le ha de venir mal al general Lee esa noticia que presenta a los rebeldes ejercicio de verdugos en las personas de veintidos infelices que no han cometido otro delito que ser fieles a España y negarse a tomar partido por los insurrectos.

Veintidos personas ahorcadas. ¡Qué horror! Apunta eso Mr. Lee y dígalo a quien lo envía para ver si tienen razón Morgan y Sherman acusando a Weyler de sanguinario.

Los rebeldes de Cuba, esos cafres que forman el ejército libertador de la Gran Antilla, no libertan nada. ¡Qué han de libertar si pasan el tiempo huyendo de un lado para otro, eludiendo el cuerpo al castigo, ocupados en ahorcar gen-

te cuando tienen un momento de reposo!

Entérese de eso Mr. Lee. Dese un paseito por la provincia de Pinar del Rio, teatro de las fechorías del antropófago Maceo, y verá los cuadros de horror que relatan los periódicos, relatos que poseen frió en el alma al leerlos y que vistos deben llevar al animo el colmo del espanto.

Ingenios destruidos; poblaciones en las que no ha quedado una casa en pie porque todas las abaló el incendio; campos de caña destruidos por la tea; plantaciones de tabacos convertidas en montones de ceniza; puentes arruinados; ferrocarriles deshechos y en medio de lo lo ese desastre, dan lo a tan negro cuadro caracteres de mayor negrura, una población ambulante sin techo ni pan que grita desesperada maldiciendo a los verdugos que la dejaron reducida a la miseria más horrorosa.

Vea todo eso Mr. Lee; y cuando lo haya visto, dirijase al otro lado de la isla y verá que si los rebeldes que se albergan en la provincia occidental son criminales de la peor estofa, no tienen nada que envidiarles los que queman, asesinan, violan y roban en Matanzas y en Santa Clara, en Puerto Principe y en Santiago de Cuba. ¡Qué les han de envidiar si obedecen la misma consigna! ¡Qué han de hacer menos los unos que los otros si todos dirigen sus esfuerzos al mismo fin, que no es otro que devastar la isla y acabar con todo lo que represente ó signifique afecciones por España!

¡Guerra humanitaria! ¡Derecho de gentes! ¡Beligerancia! Si el nuevo cónsul de los Estados Unidos ha ido a Cuba a estudiar de buena fé lo que sucede allí, se ha de sentir horrorizado en presencia de tanto desastre y ha de confesar que todas esas frases pomposas que se han dicho en el Capitolio, para interesar en pró de los re-

beldes a la población norte americana son un digno de mentiras calumniosas, dignas del desprecio mas absoluto.

¡Veintidos personas ahorcadas! ¡Qué horror!

Apunte ese dato el cónsul de los Estados Unidos en la Habana. Que no se olvide enviárselo a Cleveland para que se entere; que si de buena fé se obra, hasta el solo para acreditar a los rebeldes cubanos de verdugos de la humanidad.

EXPEDICION AL SUDAN

Los miembros del partido ministerial en Inglaterra, parecen vivamente contrariados por los ataques cada día mas numerosos que suscita la expedición inglesa al Sudán.

Uno de sus propios colegas, Mr. Leonard Courtney, liberal unionista muy conocido, se ha declarado abierta y públicamente hostil á la empresa, que calificó de «locura». En un discurso pronunciado en Ludwin; delante de una gran concurrencia ha criticado que el Gobierno no hubiese consultado al Parlamento respecto de la expedición, ni dar cuenta de sus intenciones. Al contrario de la opinión general divulgada de que los adversarios de la expedición, son los partidarios de la evacuación de Egipto, Mr. Courtney dijo que lord Fero, aunque partidario de la ocupación de Egipto, desaprobaba absolutamente la tentativa de conquista del Sudán, en la que sueña Mr. Chamberlain.

«Este sueño dijo el orador consiste en conquistar un país, casi todo árido, y más grande que Francia, Alemania y España reunidas, habitado por numerosos ejércitos de guerreros, valientes y decididos, apercibidos siempre á la pelea para defender su libertad; es contra esas masas de guerreros que componen el ejército del Califá, fuerte de 100000 hombres bien armados, que la pequeña columna expedicionaria tendrá que luchar en Egipto.

«Hasta admitiendo que la expedición salga triunfante, añadió Mr. Courtney, puede preguntarse de qué utilidad será la conquista para Egipto.»

Estos ataques de un individuo del partido ministerial han producido naturalmente entre los ministros una gran animación; una hoja ministerial pretende atenuar el efecto, declarando que Mister Courtney es el único que cree en lo expuesto, pero á despecho de todas esas negaciones es probable que muchos colegas de Courtney piensen como éste, sin osar por ahora, emitir su opinión de una manera categórica.

Periodistas diputados

De las noticias electorales definitivas, la lista de los periodistas que tomarán asiento en el Congreso es la siguiente:

- Sr. Molado, director de «La Correspondencia de España».
- Sánchez de Figueroa, idem de «El Nacional».
- Gasset (D. Rafael), idem de «El Imparcial».
- Gasset (D. Eduardic), administrador de «El Imparcial».
- Fernández Arias, director de «La Correspondencia Militar».
- Gallejo, redactor del «Heraldo».
- Sier y Casajuana, idem de «El Día».
- Madruga, director de «La Estafeta».
- Marqués de Valdeiglesias, idem de «La Epoca».
- Rosell, redactor de «La Epoca».
- Viesca (D. R.), director de «La Dinastía» de Cádiz.
- Vera Aznar, director de «El Diario de Avisos» de Zamagoza.

TIJERETAZOS

Dice un periódico que la compañía de las minas de Río Tinto ha hecho un soberbio negocio el año pasado. Ha repartido 22 cheelines por acción; ha amortizado 122800 libras, ha llevado 25000 al fondo de reserva y le han sobrado 28000 que no se han repartido. ¿Cómo se tratarán las manos de gusto los labradores vecinos de las minas! Mientras los accionistas se reparten tanto dinero á ellos les reparten los humos y los matan las haciendas.

Ha resultado Lazaro en Igualada. En cambio España se ha ido á pique. Era cuanto se podía ver en elecciones hundir á la nación!

Siquiera por respeto al apellido ha debido dejarse votar al candidato que lo lleva. Lo raro es que el Sr. España apareció triunfante en su distrito. Los periódicos dieron la noticia de que había ganado el acto. Las noticias oficiales concordaban con las de los periódicos. Perdido el escaño general, y ¡paf! se fue el barco á pique. Es decir naufragó el Sr. España.

Los que se habrán quedado hechos una pieza son los electores de Igualada. Ellos que habían amado sección por sección y hecho un escaño particular que daba el triunfo á su candidato... Sin duda las matemáticas de esos electores no enseñan bien la suma y se han hecho un lío. Por eso les han hecho jigote.

Dice «El Día» que al día siguiente de constituirse el Congreso leerá el ministro de Hacienda las presupuestos del Estado. ¿Y cuándo va á ser eso? La cosa está que tiza y si se empeñan las oposiciones en que se declaren nulas las elecciones de Madrid y de Cuba y de Vitoria, que operará el ministro.

«Ha dicho el Sr. Sagasta que debería disminuir el número de colegios electorales para dejarlos reducidos á la cuarta parte; pues durante ocho horas pueden votar 2000 electores. El Sr. Sagasta no debe haber desamparado nunca el cargo de interventor con obligación de llevar la lista de votantes. Dos mil electores en ocho horas. Doscientos cincuenta cada una. Cuatro y pico por minuto. Uno y un retal cada quince segundos.

Son muchos votos y pocas horas. Pero todo puede arreglarse. Aumentando las horas y disminuyendo los colegios. ¿Qué tal la fórmula?

ERNESTO MALTRAVERS 335

que á mí no me impone. Yo era una castaña vacueta, porque os cambia, mis cadenas se han roto, os ahorré, os desprecié. La bajeza mercenaria de vuestra alma me hace reparar en la diferencia de rango que yo había desechado. Desde ahora en adelante señor Maltravers, soy lady Florencia Lescelles, y solo por este título, debéis reconocerme.

Mientras duró este discurso, pronunciado con una vehemencia que desconcertó á las facciones de Florencia, pudo verse entreamente su hermosura á los ojos del altivo Maltravers; le pareció el angel transformado en fiera por una vara mágica, y las miradas que fijaba en aquel rostro afectado con la agonía de la cólera, del dolor, eran miradas frías, glaciales, llenas de amargura.

Oíame, lady Florencia Lescelles, dijo con mucha calma. Ya habéis pronunciado lo que no podéis revocar jamás. Si fuérais mi esposa, madre de mis hijos; si este fuera el primer discurso insultante que me hubiérais dirigido despues de una larga serie de años de un decidido afecto conyugal, esas palabras solamente bastarían para extinguir mi amor, para borrar toda especie de recuerdos, menos los que ellas pudieran dejar. Si algún día llegais á descubrir que me habeis juzgado mal, á imploráreis vuestro perdón, postrada á mis pies, yo no podré concederle. Ningun

334 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

monte lanzaban centellas, y sus labios temblaban de indignación y desprecio.

—Os conozco al fin, señor Maltravers, comprendo cuales sentimientos son los que os han movido para desear casaros conmigo. Oh Dios! por qué me habeis dado estas malditas riquezas? ¿por qué me habeis criado para ser objeto de una baja ambición, de una especulación venal? Tomad mis riquezas, Maltravers, ya que ellas son lo que apreciáis; bien cabe el caso que pueda despreciarme de ellas sin ningún pesar, pero dejad á la desdichada que habeis sabido engañar hasta ahora y que así tan desdichada como es, renuncia de vos y os desprecia.

—He oído bien, lady Florencia? ¿quién ha venido y acusarme con vos?

—Nadie, caballero, nadie; á nadie hubiera yo creído. Basteos saber que estoy convencida de que nuestra unión no sería feliz ni para vos ni para mí. No más preguntas... todo trato entre nosotros queda concluido para siempre...

—Deteneos, dijo Maltravers con una fría y grave solemnidad, decia una palabra mas y la alma que se abre entre nosotros no podrá cerrarse nunca. ¡Dios neos.

—No afectéis, exclamó Maltravers, provocada por lo que talaba cuando un hipocresía inveterada, atrevida; no afectéis esa superioridad altanera

ERNESTO MALTRAVERS 331

profesa más sagrada de que no diría á Maltravers sin mi consentimiento que yo os he manifestado esta carta. No creáis que yo tenía en cólera, no; pero en el combate mortal que debiera ser una consecuencia de esta explicación, se comprometía vuestro nombre y yo mismo, (siendo ignorada mi disculpa) parecería haber faltado á mi honor, cediendo á vuestros deseos, envileciéndome; cuando aun era tiempo, he roto el nombre por la avaricia; prometéis hacer lo que pido?

—Lo prometo, si; lo prometo solemnemente.

—Me habeis de olvidar, Maltravers, no quedárais con la carta, sino que la habéis de destruir.

—Tambien lo ofrezco. Es, pues, lady Florencia, esta es la fórmula que os propongo.

Florencia se apoderó del documento (tal) y leyó rápidamente. Su cerebro estaba perturbado, un ruido semejante al murmullo de las olas batidas en las rocas; sintió como una especie de mareo y que estaba próxima á desmayarse; sin embargo, pudo leer. Vió que aquella carta era una respuesta á la de Gertrudis, que en ella se declaraba la imposibilidad de amarle; el disgusto que inspiraba su carácter; que él, Gertrudis, la naturaleza incoherente de los afectos que le habían impulsado á pedir su mano. Así, pues, ante esta ciudad de la vida, Maltravers se acordó de la noche en que se casó con Gertrudis, y se acordó de la noche en que se casó con Gertrudis, y se acordó de la noche en que se casó con Gertrudis.